

C

Columna



Dr. Franco Lotito
conferencista e investigador (PUC)

Una gran deuda pendiente: los adultos mayores

Si hay un rasgo que distingue a la especie humana, ese es su egoísmo y su tendencia a la ingratitud e indiferencia. Y si hay un grupo enorme de personas con las cuales hemos sido ingratos, egoístas e indiferentes, ese grupo corresponde a las personas de la tercera edad. O como ellos prefieren: adultos mayores.

De acuerdo con un informe de diciembre de 2025, se contabilizan casi cuatro millones de adultos mayores, es decir, un gran contingente de seres humanos, muchos de los cuales viven en condiciones indignas y de pobreza, con pensiones que a pesar de todas las discusiones, análisis y proyectos para mejorarlas, siguen siendo miserables.

Al desmenuzar la cifra arriba señalada, se advierte que alrededor de 1,79 millones son hombres (44,9%) y 2,2 millones son mujeres (55,1%), y una parte importante de estas personas quedan -a menudo- abandonadas a su suerte, con enfermedades crónicas e irreversibles, viviendo su día a día en soledad, pobreza y desesperanza.

Es tan alto el sentimiento de desesperanza en este grupo humano, que de acuerdo con un estudio de la Pontificia Universidad Católica y de información suministrada por el Ministerio de Salud, el grupo etario que presenta la tasa de suicidio más alta por cada 100.000 habitantes corresponde a las personas mayores de 80

años.

Asimismo, cada cierto tiempo los noticiarios dan cuenta de verdaderas tragedias ocultas o que, simplemente, pasan inadvertidas: personas solas y abandonadas que mueren de inanición, parejas de ancianos que optan por el suicidio por estar ambos afectados por un cáncer y cuyos costos no pueden pagar, abuelos abandonados y maltratados por sus hijos y/o nietos, y así otras historias trágicas que duelen el alma, pero que sólo hacen noticia cuando salen a la luz.

Alguien podría preguntar... ¿y qué tiene que ver la ingratitud con los adultos mayores? Muy simple: el bienestar que disfruta, hoy en día, una parte importante de la población se debe a ese enorme contingente de adultos mayores que, en su momento, se deslomó trabajando para hacer del país, un mejor lugar para vivir.

Y... ¿cuál ha sido la conducta habitual del Estado y de la sociedad civil? Pues observar indiferentes, cómo miles de ancianos se ven obligados a recoger los rastros que dejan los feriantes a fin de juntar algunos alimentos para cocinar y subsistir. Mirar de lejos cómo sufren ante la falta de dinero, así como de atención médica digna y oportuna. En definitiva, verlos vivir una vida de pobreza, soledad y enfermedad en la parte final de sus vidas, justo cuando más necesitan de atención, cuidado, respeto y gratitud.